
Lo juvenil y lo vocacional

Hace quince días, en esta misma página, se hizo referencia a que la pastoral juvenil, dentro de la pastoral de conjunto, está llamada a atender y desarrollar diversas dimensiones que tienen que ver con la realidad personal, eclesial y social que viven los jóvenes. Y se hizo referencia especialmente a la dimensión vocacional, a través de un aporte tomado del libro “Civilización del Amor, Tarea y Esperanza”, publicado en 1995 por la Sección de Juventud del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Hoy se complementa lo ya presentado con algunos elementos más que pueden ayudar en el trabajo pastoral.

Los procesos de maduración humana y de crecimiento en la fe que están llamados a ofrecer y acompañar todos los grupos juveniles se convierten también en un servicio de apoyo y discernimiento vocacional cuando atienden y desarrollan las siguientes cinco dimensiones.

Educación para ser persona

El primer paso para un buen trabajo de discernimiento vocacional en los grupos juveniles es ayudar a los jóvenes a descubrir el llamado de Dios a la vida y a ser personas. Este llamado, que es la primera dimensión de toda vocación y está fundado en el relato bíblico de la creación: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gn 1, 26), es también el fundamento del valor y de la dignidad de toda persona humana.

En una sociedad que sigue la lógica del neoliberalismo y que está marcada muchas veces por el desconocimiento del valor de la persona y por el individualismo, hay que ayudar a los jóvenes a rescatar el valor y la dignidad de la vida humana, a descubrir el verdadero sentido de la vida, el valor de la comunión y de la participación, la importancia de las relaciones humanas y del encuentro con los demás para amarlos, para servirlos en gratuidad y en solidaridad y para sumar fuerzas trabajando en unidad y en equipo. Toda vocación -laical, religiosa o sacerdotal- es un llamado a la comunión y al servicio. Es un llamado a “ser para los otros” en una relación de interdependencia y de ayuda mutua. Es un llamado a desarrollar la dimensión comunitaria y participativa de la vida humana.

Educación para el seguimiento de Jesús

Un buen trabajo de discernimiento vocacional en los grupos juveniles tiene que ayudar también a los jóvenes a descubrir el llamado a seguir a Jesús. En el proceso de acompañamiento vocacional, hay que ayudar a los jóvenes a crecer y madurar en una fe aceptada como compromiso personal, vivida en comunidad y capaz de reconocer en la vida de todos los días, los signos de la presencia y de la voluntad de Dios.

Para educar en este llamado al seguimiento de Jesús, hay que promover la experiencia de “estar con Él” (Jn. 1, 46) y educar en la oración, la lectura y meditación de la Palabra de Dios, la celebración de los sacramentos y la vivencia de los valores del Evangelio. Hay que promover también la experiencia de dejarse cuestionar por Él (Mt. 19, 21), porque no basta sólo con entusiasmarse con Jesús: hay que comprometerse con Él y estar dispuestos a responder como Pablo “Señor, ¿qué quieres que haga?” (Act. 22, 10). Y hay que promover la experiencia de seguirlo a Él (Lc 5, 11) con todas sus consecuencias: “si alguien quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mc. 8, 34). Seguir a Jesús es abrazar la causa que él abrazó y por la que dio su vida, la causa del Reino del Padre, que es Reino de amor, de fraternidad, de justicia, de paz, de alegría. Seguir a Jesús es optar como él optó por los más pobres y necesitados y luchar, como él, para que todos “tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10).

Educar para el compromiso en la comunidad

Un buen trabajo de discernimiento vocacional en los grupos juveniles deberá ayudar también a los jóvenes a descubrir y vivir la dimensión eclesial de su vocación cristiana. Deberá ayudarlos a entender que el seguimiento de Jesús no se puede vivir de manera aislada e individualista y que sólo llega a darse plenamente cuando se vive en comunidad. Y que no alcanza, por tanto, solamente con estar bautizados, con estar confirmados o con decirse seguidores de Jesús, sino que es necesario participar activamente y asumir responsablemente el lugar propio e insustituible que cada uno tiene en la misión de la Iglesia y en la vida de la comunidad para la construcción del Reino.

Educar para el compromiso con la sociedad

El llamado a ser cristiano y a ser integrante de la comunidad Iglesia implica al mismo tiempo un llamado a comprometerse con la transformación del mundo y de la sociedad a partir de los valores del Evangelio. No se puede ser cristiano sólo dentro del templo o del territorio parroquial. La misión del cristiano es misión para el mundo: “vayan y anuncien el Evangelio a todos los pueblos” (Mc 16, 15), “ustedes son la sal de la tierra... ustedes son la luz del mundo” (Mt 5, 13-14).

El compromiso con la transformación del mundo y con el surgimiento de una nueva sociedad es el llamado al compromiso social, el llamado a ser “ciudadanos”. Las personas son ciudadanos cuando consiguen que sus derechos sean respetados y cuando pueden cumplir los derechos que tienen como personas y como miembros de una familia, de un grupo social, de una ciudad, de un país. Un buen trabajo de discernimiento vocacional en los grupos juveniles tiene que ayudar a los jóvenes a asumir con amor y responsabilidad su propia ciudadanía, a desarrollar su sentido crítico y su pertenencia a un pueblo y a una historia que hay que continuar construyendo, a promover actitudes activas que superen la resignación y el fatalismo, a denunciar todo lo que atenta contra la vida y la dignidad humana y a impulsar todo lo que promueva y desarrolle la solidaridad, la compasión activa y el compromiso con el bien, la verdad, la justicia y la vida en todos los espacios donde sea posible.

Educar para tener un proyecto de vida

Un buen trabajo de discernimiento vocacional en los grupos juveniles tiene que ayudar finalmente a los jóvenes a tomar conciencia de que Dios tiene un proyecto para cada persona, es decir, que Dios llama a cada joven a un servicio específico en la Iglesia para la construcción del Reino.

Conscientes de que está llamado a la vida, a ser persona, a ser cristiano, a ser Iglesia y a ser ciudadano, el joven tiene que procurar descubrir, asumir y vivir también su vocación específica, es decir, ese don especial que el Espíritu regala a cada uno para ser vivido y desarrollado al servicio de todos (cfr 1 Cor 12, 4-7). Más allá de la definición sobre la forma concreta de vida que va a asumir definitivamente cada uno, la pastoral juvenil tiene que asegurar que el joven pueda llegar a descubrir y a optar por un proyecto de vida, que responda al llamado de Dios y asuma su vocación y su misión en la Iglesia y en la sociedad para la construcción del Reino. Una opción que no podrá estar guiada por la búsqueda de ventajas o conveniencias personales sino por el deseo de alcanzar su plena realización como persona y como cristiano según el proyecto de Dios. Una opción que estará en continuidad con la de tantos antecesores en la fe, capaces de responder al llamado de Dios, como Isaías: “¡aquí estoy, Señor, envíame!” (Is 6, 8), como Samuel: “habla Señor que tu siervo escucha” (1 Sam 3, 10) y como María “que se haga en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). En esta última etapa, especialmente, puede ser muy útil a la pastoral juvenil el servicio propio y específico que pueden aportarles quienes trabajan en la pastoral vocacional.

[Tomado de: Dirección Electrónica: http://www.iglesia-mvdo.org/entretodos/lo_juvenil_y_lo_vocacional.htm]